

¿VIVIR JUNTOS ES CONVIVIR? UN ANÁLISIS EN PROFUNDIDAD DE LA CONVIVENCIA EN PISOS DE ACOGIDA PARA POBLACIÓN DE ORIGEN SUBSAHARIANO EN EL MUNICIPIO DE MADRID

DOES LIVING WITH MEAN LIVING TOGETHER? AN IN-DEPTH ANALYSIS OF COEXISTENCE IN HOST HOMES FOR SUB-SAHARAN POPULATION IN THE CITY OF MADRID

IONE BELARRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID. ESPAÑA

RESUMEN

Este trabajo explora en detalle la convivencia en pisos de acogida de personas africanas en el municipio de Madrid. La introducción pone sobre la mesa el debate de la desinstitucionalización en España y plantea la necesidad de relacionar las prácticas formales, planificadas y organizadas por el equipo de intervención con las prácticas informales desarrolladas por las personas participantes, para entender la complejidad del mismo. La investigación, de corte etnográfico, describe el caso de un programa de acogida que contaba con 25 personas participantes, principalmente, de Malí, Guinea Conakry, Costa de Marfil y Senegal, residentes en tres pisos distintos. A través de una metodología cualitativa que incluyó observación participante, registros fotográficos realizados por las propias participantes, entrevistas en profundidad, dibujos y fotografías de los pisos, se encontraron resultados relevantes. En efecto, se documentaron tres procesos relacionados con el clima de convivencia en el piso, a saber, la interacción social y la actividad conjunta, la gestión interna de los pisos y la existencia de un liderazgo favorecedor o desfavorecedor de la convivencia. A partir de la consideración de estos procesos en tanto que prácticas informales que están cultural, social e históricamente situadas, se pone de manifiesto que altos niveles de interacción y actividad entre las participantes, un liderazgo favorecedor de la participación y una gestión colectiva de las tareas del piso se relacionaban con un alto grado de participación en las prácticas formales del proyecto. En las conclusiones se discute la posible relación entre las prácticas informales y las características (lengua, edad, tiempo de estancia en el proyecto) de los distintos grupos que habitaban cada uno de los pisos.

ABSTRACT

This article shows the results of a research project that examines the coexistence of African people who live in a host program in the city of Madrid. The introduction brings up the deinstitutionalization debate in Spain and shows the need to relate the formal practices organized by the intervention team, with the informal practices developed by the participants in order to understand the program's complexity. This ethnographic research describes the case of a host program with 25 participants who came mainly from Mali, Guinea Conakry, Ivory Coast and Senegal who were hosted in three different apartments. Using different qualitative techniques like participant observation, photographic recording, in-depth interviews, draws and photographs of the apartments, we found that the climate of coexistence in the host program was related to three processes: social interaction, internal management and leadership. Considering these processes as informal practices (cultural, social and historically situated) we can say that high levels of interaction and activity among participants, a collective management of the housework and a positive leadership are related with high levels of participation in the formal practices of the project. Finally we discuss how these processes are related with the group characteristics (language, age, length of stay) of each apartment.

PALABRAS CLAVES

Inmigración Africana; Pisos de Acogida; Metodología Visual; Convivencia; Desinstitucionalización.

KEYWORDS

African Migration; Visual Methodology; Host Homes; Coexistence; Desinstitutionalization.

Recibido: 2012.11.28. Revisado: 2013.02.26. Aceptado: 2013.06.06. Publicado: 2013.12.01.

Correspondencia: Ione Belarra Urteaga. Dpto. Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. Universidad Autónoma de Madrid. Campus de Cantoblanco. C.P. 28049 Madrid. Tfno: (00-34) 914975175. E-mail: ione.belarra@estudiante.uam.es

INTRODUCCIÓN

El espectacular aumento de la población migrante en España durante la década de los 90 y en los primeros años del siglo XXI es un tema que ha sido abordado profusamente tanto desde la prensa y la política como desde la investigación especializada, sobre todo, la que hace uso de una metodología cuantitativa. Nos proponemos en este artículo presentar un acercamiento cualitativo a un tema que, desde nuestro punto de vista, no ha recibido la atención necesaria en el amplio marco de la inmigración internacional en España. Nos estamos refiriendo a los procesos psicosociales que se dan en los dispositivos de acogida que atienden a población africana proveniente de la zona subsahariana.

Estas personas migrantes llegaban y siguen llegando a este país principalmente a través de la frontera Sur, es decir, las Islas Canarias, Ceuta y Melilla. Su penoso viaje migratorio ha sido, con diferencia, la cara más dramática de la inmigración española a pesar de que ésta no es, en absoluto, la principal vía de entrada de personas inmigrantes (Rodríguez y Mena, 2008). La preocupación que despertó este fenómeno en la opinión pública española, se tradujo, en términos de política social, en la creación de distintos recursos de acogida temporal gestionados, en general, por diversas entidades sin ánimo de lucro.

En los años 1999 y 2000 se pusieron en funcionamiento varios dispositivos de acogida en gran parte de la geografía española que se han agrupado bajo la categoría de Acogida Humanitaria (Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 2010). Estos se ocupan, hasta la actualidad, de cubrir las necesidades básicas de las personas migrantes a su llegada a nuestro país durante unos días o unos pocos meses.

No obstante, el sistema de protección español ha ido reconvirtiendo progresivamente algunos de estos programas, o creando otros nuevos, para atender necesidades hasta ese momento inexistentes. Con esto nos referimos a aquellos que acogen a personas migrantes que, por su especial situación de vulnerabilidad, requieren ser alojadas en otros momentos de su proceso migratorio en nuestro país, no sólo al comienzo del mismo. Actualmente este segundo conjunto de recursos presenta, en el municipio en el que se centra esta investigación, el de Madrid, un modelo mixto con grandes centros de acogida, por un lado, y pisos, por otro. En concreto, dentro de los servicios financiados por el Ayuntamiento de Madrid, existen dos centros de acogida que cuentan con 15 y 120 plazas, con un estilo de funcionamiento

tipo albergue, así como cinco programas que gestionan pisos, tres de ellos para familias (Ayuntamiento de Madrid, 2011). En el año 2012, sin embargo, la tendencia favorable a la creación de pisos de acogida frente a grandes centros parece estar invirtiéndose. Esta situación un tanto ambivalente parece deberse más bien a cambios en los planteamientos políticos que a una reflexión teórica fundamentada como la que nos proponemos aquí.

En otros ámbitos de la intervención, este debate, que no es otro que el de la desinstitutionalización, lleva años resuelto. Este término comenzó a utilizarse en EEUU a principios de los años 60 y hace referencia al progresivo despoblamiento de los hospitales psiquiátricos y a la puesta en marcha de servicios de atención múltiples basados en la comunidad. En efecto, el debate nace con respecto a la salud mental ya que los hospitales psiquiátricos resultaban ineficaces y cronificaban los problemas de las personas enfermas más que resolverlos. Por ello se puso en marcha una psiquiatría de corte comunitario que perseguía la integración cotidiana de los pacientes (Domenèch, Tirado, Traveset y Vitores, 2011).

Al igual que ocurrió en el terreno de la salud mental, otros ámbitos se vieron embargados por esta tendencia de cierre de las grandes instituciones o instituciones totales (Goffman, 1972). Como Palomares (2006) resume muy adecuadamente este proceso ocurrió también en su momento en la atención a menores tutelados. La misma línea se recoge en la revisión realizada por Mansell y Beadle-Brown (2010) que señalaban como, en el campo de la discapacidad intelectual, las modalidades de alojamiento comunitario resultan menos costosas y más eficaces que los centros residenciales habituales. En general se considera que los centros de acogida de gran capacidad ofrecen una atención de tipo más asistencial mientras que en los pisos puede producirse una intervención más educativa. Este último modelo iría mejor encaminado a crear un entorno más normalizado y autónomo y a facilitar la integración social de las personas migrantes residentes. La atención a la población de origen extranjero en situación de vulnerabilidad se encontraría en Madrid, por tanto, a medio camino en el proceso de desinstitutionalización ya que co-existen ambos tipos de atención residencial.

A pesar del apoyo prácticamente incondicional que recibe el modelo de piso de acogida desde la investigación previa y por nuestra parte, conviene

que problematicemos estos programas y los procesos psicosociales que tienen lugar en su seno. En este artículo nos proponemos analizar los pisos de acogida desde una perspectiva sociocultural y construccionista (Berger y Luckmann, 1966; Garfinkel, 1984; Bruner, 1991) y hacer visibles aspectos que desde otras aproximaciones no han sido tenidos en cuenta. Como ya defendieron Palomares y Poveda (2010), Barton, Hamilton e Ivanic (1999) o Lahire (2003), en el estudio de las instituciones que promueven el bienestar social es necesario describir no sólo las prácticas formales planificadas por el equipo de intervención que persiguen unos objetivos determinados, sino también las prácticas informales que aparecen en ellas.

Palomares y Poveda (2010) definen las prácticas informales como aquellas no planificadas por la institución, no orientadas a los objetivos de ésta y excluidas de la evaluación del programa. Asimismo, no suelen ser percibidas por los equipos de intervención como relevantes para la consecución de las metas que son, en este caso, el fomento de la autonomía personal y la integración social de los y las participantes. No obstante, como defienden estos autores, para comprender la complejidad del funcionamiento de los programas de atención social y sus resultados es fundamental analizar tanto las prácticas formales como informales y la interacción entre ambas.

En este artículo nos proponemos ilustrar algunas prácticas informales que se producen en el día a día de los pisos de acogida y analizar si se relacionan y cómo con las prácticas formales planificadas y organizadas por el equipo de intervención. Asimismo, mostramos cómo dichas prácticas informales están cultural, social e históricamente situadas y dependen de las personas que viven en un momento concreto en un piso determinado, como ya señalaron Erickson (1989) o Geertz (2000). Por último, se señalan mecanismos y procesos que podrían estar explicando por qué las prácticas informales descritas se dan de esta forma en particular en cada uno de los pisos.

MATERIAL Y MÉTODOS

Este artículo nace a partir de una investigación de corte etnográfico que describe el caso de un programa de acogida a personas de origen subsahariano en tanto que situación crítica (Morra y Friedlander, 2001). En ella se emplearon una gran variedad de técnicas de recogida de información que van, desde las más clásicas, como la observación participante (Hammersley y Atkinson, 1994), hasta otras más no-

vedosas como son las técnicas visuales (Pink, 2007). Gracias a ello se han recogido numerosos datos que ofrecen una fuerte base para la discusión posterior.

PARTICIPANTES

En esta investigación participaron 25 personas, 23 hombres y 2 mujeres, que vivían distribuidos en tres pisos, en las afueras de un barrio del sur de Madrid. En dos de los pisos vivían 8 personas y en el tercero 9. La mayoría de las personas residentes tienen en común su origen africano, tener entre 18 y 45 años y llevar residiendo en España más de tres años en situación administrativa irregular. La mayor parte de ellos no sobrepasa la treintena. Se trata, principalmente, de hombres en edad de trabajar con un proyecto migratorio relativamente frustrado. Sus nacionalidades son diversas aunque en los últimos años cuenta, mayoritariamente, con personas de Malí, Guinea Conakry, Costa de Marfil y Senegal.

Gran parte de estas personas, a pesar de haber tratado de regularizar su situación en una o varias ocasiones, no lo han logrado y se encuentran, por ello, en situación de especial vulnerabilidad. Otro aspecto relativamente común a los y las residentes es el haber pasado ya, antes de residir en este proyecto, por otros similares financiados tanto por el Ayuntamiento de Madrid, como por otras entidades. La asociación que gestiona actualmente el proyecto lleva haciéndolo desde 2008 aunque no siempre en las mismas condiciones ya que éste sufrió una reducción y reestructuración importante en 2010.

PROCEDIMIENTO

En esta investigación el proceso de recogida de datos tuvo lugar a lo largo de un mes y tres semanas, entre octubre y noviembre de 2011. La investigadora era, en ese momento, la técnico de inserción sociolaboral del proyecto de acogida. Se emplearon diversos instrumentos que pudiesen favorecer, a la hora del análisis, la triangulación de los datos recogidos.

En primer lugar, se facilitaron desde el equipo que gestiona el programa diversos datos con respecto al sexo, la nacionalidad, el tiempo de estancia y la edad de los y las participantes con la que se iba a interactuar. Después, se procedió a un registro en detalle de la participación en las actividades del proyecto de todas las personas acogidas y, en menor medida, de su participación en otros contextos sociales. En concreto, se registró la participación en talleres grupales (de empleo o de convivencia), en entrevistas individuales (del área social, psicológi-

ca o formativo-laboral), en formaciones específicas organizadas por el área socio-laboral, en las actividades de fin de semana y en las de mantenimiento del piso (compra, limpieza o actividades extraordinarias). Todo ello sirvió para documentar las prácticas formales en las que estaba inserto cada uno de los participantes.

En segundo lugar, se realizaron tres semanas de observación aprovechando la participación y presencia con la que ya se contaba en los pisos (Hammersley y Atkinson, 1994). Para evitar posibles sesgos, se distribuyeron al azar los períodos de observación y se registró en un diario de campo la actividad de vida cotidiana en los pisos tres días de cada una de las tres semanas. Durante cada período de observación, se anotó quiénes estaban en ese momento en el piso, dónde estaban y qué estaban haciendo (si lo sabía). Asimismo, se realizaron entrevistas informales y/o actividades conjuntas que permitieron obtener información sobre las actividades diarias de estas personas.

La tercera fase de la recogida de datos consistió en la organización de dos sesiones grupales de dibujo de piso. La técnica de elaboración de dibujos se emplea aquí en el sentido en que la han utilizado otros investigadores e investigadoras para facilitar la expresión de la visión personal de los sujetos acerca de un tema (Dennis, 1966; Leffler, Ayman y Ayman-Nolley, 2006). Además, otros autores han defendido que el dibujo puede ayudar a las personas a reflexionar acerca de temas sobre los que nunca se habían parado a pensar (Gauntlett, 2007) y a estructurar sus ideas (Buzan, 1995). En esta investigación, la sesión de dibujo se realizó en los dos pisos que, tras el período de observación, fueron seleccionados. Se decidió documentar las sesiones a través de notas en el diario de campo.

En la última fase, se seleccionó a cuatro personas en función de los registros de participación recogidos durante las tres primeras semanas, es decir, en base a su grado de implicación en las prácticas formales propuestas. Se eligió a dos que tuvieran una alta participación en las actividades del proyecto pero que se distinguiesen por participar o no de forma implicada en otro u otros contextos sociales. Del mismo modo, los otros dos participantes elegidos contaban con una baja participación en el programa y alta o baja participación en otros contextos, respectivamente. Estos casos concretos se indagaron con especial cuidado de la forma en que sigue.

Una vez seleccionadas las personas y obtenido su consentimiento se les pidió que durante una se-

mana registrasen sus actividades habituales mediante fotografías con una cámara que se les facilitó. En la semana siguiente a la recogida, se entrevistó a cada uno de los cuatro participantes. El método que se empleó fue una entrevista semiestructurada que pretendía obtener un feedback de la tarea realizada durante la semana. En ella se les pidió que describiesen e interpretasen las fotografías tomadas. Todas las entrevistas fueron grabadas en audio previo consentimiento de los participantes y transcritas más tarde para su posterior análisis. Esta técnica de recogida de datos basada en la realización de fotografías por parte de los participantes ha sido ampliamente utilizada en otras disciplinas como la Antropología, la Sociología y la Geografía y, más recientemente en Psicología (Lykes, Blanche y Hamber, 2003; Nowell, Berkowitz, Deacon y Foster-Fishman, 2006) con fructíferos resultados a la hora de explorar las perspectivas y vidas de personas (Collier, 1975; Radley y Taylor, 2003).

Para el abordaje de los datos recogidos se empleó una de las principales técnicas en análisis cualitativo, el análisis temático. Una revisión exhaustiva de este tipo de proceso puede consultarse en el artículo de Braun y Clarke (2008). No obstante, podemos resaltar que se trata de un método que permite organizar los datos e identificar, analizar y dar cuenta de los temas que emergen de ellos. Es decir, se trataría de un método inductivo que permite explorar un fenómeno hasta el momento no abordado como es la vida diaria en los pisos de acogida de personas africanas y proponer categorías novedosas y relevantes que lo describan.

RESULTADOS

A continuación se presentan los datos obtenidos con el procedimiento mencionado más arriba. A través del análisis temático se establecieron relaciones entre las categorías emergentes que daban cuenta de las prácticas informales diferenciales que se daban en el piso T7 y T11, la participación de las personas acogidas en las prácticas formales y la percepción subjetiva que estas personas tenían del espacio habitado. Además, se muestran características sociodemográficas de los habitantes de ambos pisos cuya relación con los niveles de análisis discutiremos a continuación.

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS

Previamente a la recogida de datos en los pisos el equipo que interviene en ellos facilitó cierta in-

formación acerca de las personas que estaban en ese momento acogidas en los pisos T7 y T11. Así, se pudo saber que en el T7 vivían 8 personas que provenían casi cada una de un país distinto: Nigeria, Ghana, Guinea Conakry, Camerún, Malí, RD Congo y Uganda. Por su parte, en el T11 cinco de los nueve habitantes de la casa eran malienses y otros dos provenían de Mauritania y Guinea Conakry, si bien compartían lengua y origen étnico con varios de los originarios de Malí. Las otras dos personas eran mujeres que provenían de República Centroafricana y Nigeria.

Por otro lado, en el T11 casi todos tenían entre 20 y 27 años, mientras que en el T7 las edades eran más dispares e iban desde los 18 años hasta casi los 40. En lo que respecta al tiempo de estancia, en el T7 difería bastante de unos participantes a otros ya que había cuatro personas que llevaban menos de tres meses acogidas (entradas recientes) y otras cuatro, por el contrario, se aproximaban al año de estancia o lo sobrepasaban. En el T11 prácticamente todas las personas llevaban acogidas entre cinco y seis meses, excepto una que llevaba más de un año acogida.

PARTICIPACIÓN DIFERENCIAL

Del registro de participación durante tres semanas se obtuvieron datos relevantes acerca de su implicación en las prácticas formales que se proponen desde el proyecto. A través de él se encontró que trece personas de veinticinco presentaban un perfil de baja participación en las actividades del programa, es decir, entre cero y cinco actividades en tres semanas. Otras ocho presentaban un perfil de participación media en el proyecto y las últimas cuatro personas se adscribían al perfil de alta participación con más de diez actividades en tres semanas.

Sin embargo, algo que resulta más interesante que esto es que los perfiles no se distribuían de forma aleatoria entre los distintos pisos sino que existía una relación entre el piso habitado y la participación en el programa. En este sentido el piso que denominamos T7 tenía una media de participación de aproximadamente tres actividades por participante en tres semanas, mientras que los otros dos rondaban las seis actividades en el mismo tiempo. En T7, siete de los ocho habitantes tenían un perfil de baja participación y el octavo de participación media. En el T11 pudimos encontrar dos personas con las puntuaciones más altas en participación de todo el proyecto, cuatro personas con perfil de participación media y tres con baja participación.

Este hecho nos llevó a pensar que los diferentes procesos informales, no planificados que se daban en el día a día de los pisos y que mencionaremos más adelante, podían tener algo que ver con la participación general de las personas en el conjunto del programa. Lo discutiremos en apartados siguientes.

ESPACIO FÍSICO

Existía una característica común a los dos pisos que resultaba, sin duda, relevante para este análisis. Se trataba de la ausencia de marcas diferenciadoras, de la apropiación mínima que realizaban los y las participantes del espacio de la casa. Ya en el diario de campo de observaciones iniciales se destacó el hecho de que uno de los participantes que llevaba mucho tiempo en el programa (alrededor de un año) hubiese decorado su habitación.

“Es el único que tiene decorada su habitación con fotos al más puro estilo adolescente (fotografías de amigos/as, una cartulina, aparato de música, etc.) Los demás, por lo general, tienen pocas cosas (la mayoría guardan cosas en casas de paisanos o familiares) y las que tienen están bien guardadas en maletas, armarios, etc.” (Extracto 1. Diario de campo, observaciones iniciales)

Las fotografías que documentaban el espacio de los pisos mostraban los escasos elementos decorativos que aparecían y los pocos objetos que las personas acogidas colocaban en sus habitaciones. Se observaron, principalmente, aquellos que eran necesarios para la cobertura de necesidades básicas (aseo personal, manutención, vestido, etc.) y éstos prácticamente siempre se encontraban situados en sus respectivas habitaciones.

Del mismo modo, los espacios comunes estaban ya completamente desprovistos de cualquier signo de identidad de los/las habitantes de la casa. Esto diferencia significativamente nuestros resultados de los obtenidos por otras investigaciones, como la de Arnold y Graesch (2002), que muestran la profundidad con que las familias de clase media expresan su identidad a través de sus hogares y sus pertenencias.

EJEMPLOS DE ESPACIOS COMUNES

Figura 1: Salón



EJEMPLOS HABITACIONES COMPARTIDAS

Figura 2. Habitación T11



Sin embargo, también dentro de esta categoría se encontraban algunas diferencias reseñables entre el T7 y el T11. El grado de apropiación del espacio que mostraron los y las participantes cuando dibujaron el piso en el que residen varió sustancialmente entre los dos pisos. En el piso T7 cada uno de los participantes realizó su propio dibujo de la vivienda mientras que en el que denominamos como T11 se dibujó un plano conjunto entre todos y todas. Además, en el piso T7 todas las personas realizaron un dibujo meramente descriptivo y a menudo únicamente se observaban los nombres de las habitaciones y/o los nombres de las actividades que convencionalmente se realizan en ellas (comer, dormir, etc.).

Por su parte, en el T11 el dibujo elaborado resultó mucho más complejo y detallado que cualquiera de los del T7. De hecho, en esta casa la dinámica de dibujar el piso duró mucho más que en la otra y los/as participantes se tomaron en serio la tarea y pusieron atención e interés en realizarla. Es cierto que es un plano relativamente sencillo pero en él aparecen algunos elementos nuevos que personalizan el espacio. Una de las participantes dibujó sus dos mantas y su cajonera haciendo referencia a que eran sus objetos personales. Por otro lado, varios de los participantes escribieron su nombre y el de su compañero en la habitación que ocupaban. Es más, las acciones que decían realizar en cada espacio se parecían menos a respuestas convencionales y más a actividades reales: escuchar música, leer, estar todos/as juntos/as. Estos datos, así como los recogidos a través de las observaciones, nos llevaron a concluir que las personas del T11 se han apropiado más del espacio que en el T7, tanto de forma individual como grupal.

A continuación describimos las prácticas informales que ponían en marcha los y las participantes del programa en el interior de los pisos. Estas categorías provienen de un cuidadoso proceso inductivo y se han organizado bajo el epígrafe de convivencia ya que constituyen mecanismos y procesos directamente relacionados con las relaciones positivas o negativas que se establecen en los grupos que habitan los pisos.

LA CONVIVENCIA

Los pisos de acogida que denominados T7 y T11 son los que presentaban las mayores diferencias en la convivencia diaria. Es por ello que detallaremos los procesos que, explorando en profundidad la realidad de uno y otro piso, aparecían como distintos y relacionados con el clima de convivencia.

LAS INTERACCIONES INTERPERSONALES Y ACTIVIDAD CONJUNTA

El piso T7 se caracterizaba principalmente por una ausencia llamativa de interacciones entre sus habitantes. Aún estando en el mismo espacio físico (p.e salón) los habitantes de la casa no se relacionaban entre sí, no conversaban, no se hablaban y, generalmente, tampoco se miraban. Es evidente que existían excepciones a este hecho pero la tónica general en el piso era ésta. Aparentemente sólo existía buena relación entre dos personas, MM y TT. En este fragmento se puede leer como incluso en un momento como la comida, que suele considerarse como de encuentro en muchas culturas, MB prefirió mantenerse al margen de MM (el líder de la casa) y comer, casi de pie, en la cocina.

“Llego al T7 y está MB. en la cocina comiendo arroz. Le saludo y me dice que se acaba de levantar. Cuando llego coge el plato de la mesa pequeña de la cocina, lo mete en el microondas y lo calienta más. Después lo saca, vuelve al taburete y sigue comiendo con la cabeza agachada, cerca del plato. Estaba con la puerta cerrada de la cocina y solo. Miguel está viendo la TV solo en el salón”. (Extracto 2. Diario de Campo, 02/11/2011, 15:00).

Por el contrario, las interacciones entre personas en el piso T11 eran muy frecuentes. Durante las observaciones se detectó una intensa interrelación positiva entre gran parte de los habitantes de la vivienda. Las interacciones entre ellos y ellas eran multidireccionales, es decir, que se daban entre distintas personas y en muy diferentes momentos. Hemos ejemplificado ampliamente este hecho ya que, a juzgar por lo que indican las perspectivas constructivistas de la educación (Coll, 2011), esta interacción que se traduce en actividad conjunta podría estar jugando un rol relevante en el clima de convivencia de la casa.

“Está DT viendo la TV y EF se acerca pero no se sienta en el sofá, se sienta en una silla que está libre. Sale un anuncio de maquillaje y EF y DT debaten sobre si las mujeres están más guapas con o son maquillaje (...). Se sientan en el sofá SS, DT y LK (EF se queda en la silla) y comen pollo con patatas fritas y mahonesa que DT ha cocinado para todos”. (Extracto 3. Diario de campo, 03/11/2011, 15:30).

En un sentido similar, estas actividades conjuntas y las interacciones interpersonales que llevaban

aparejadas son reflejadas durante las sesiones grupales de dibujo del piso:

“Pregunto quién suele estar en el salón y qué hace. Me dicen que todos/as están en el salón por la tarde y por la noche y que lo que suelen hacer es charlar, ver la TV y comer/ cenar”. (Extracto 4. Registro sesión grupal, 24/11/2011).

Además, en el piso T11 se daba la confianza suficiente como para que los y las participantes realizaran actividades personales en lugares comunes de la casa. Asimismo, existía una fuerte cohesión grupal que inclinaba a los/as participantes a protegerse mutuamente e, incluso, a ocultar determinados incumplimientos de las normas con respecto al equipo de la organización.

“Llego al T11. LK está rezando en medio del salón orientado a la Meca con su alfombra. SS está sentado en el sofá viendo un programa de peleas falsas”. (Extracto 5. Diario de campo, 02/11/2012, 15:45).

“Hago algunas preguntas exploratorias como ¿qué es lo que sueles hacer en tu habitación?, ¿está lo más importante?, ¿qué suele hacer tu compañero? Varias veces he estado en el piso y ZB estaba en su cuarto oyendo música a un volumen muy alto. Le pregunto si ZB suele oír música en el cuarto y me dice que él siempre escucha música, incluso en el metro. Tengo la sensación de que le quita importancia, parece miedo por meter la pata y decir algo que comprometa”. (Extracto 6. Registro sesión grupal, 24/11/2011).

ORGANIZACIÓN Y GESTIÓN INTERNAS

Los participantes del T7 no sólo se relacionaban mínimamente entre sí sino que la organización interna era realmente deficiente. Tanto en las reuniones de piso como en las interacciones semanales con los técnicos del proyecto, algunos participantes se quejaban reiteradamente de que no se respetaban los acuerdos previamente tomados respecto a los turnos de limpieza, los responsables de ir a la compra, días para lavar la ropa, etc.

“Les pregunto si hay una tabla donde se repara quién va (a la compra) cada semana, Ibrahim dice que sí pero MB le corrige y me dice que eso no es verdad, que no hay ninguna lista”. (Extracto 7. Diario de campo, 03/11/2011, 11:20).

Respecto al T11, la autorregulación era, habitualmente, buena. Los turnos de limpieza, compra, lavado de ropa, etc. se respetaban. Existen varios ejemplos de momentos en que, a la llegada de la investigadora, había una persona limpiando y ésta era a la que le correspondía según el cuadrante. Del mismo modo, la rotación para ir a la compra se respetaba y no iban “siempre los mismos”.

“BS está fregando el suelo de la entrada. Voy a mirar la tabla de turnos de limpieza en la cocina y, efectivamente, le toca a él limpiar”. (Extracto 8. Diario de campo, 02/11/2011, 15:45).

Yendo más allá en la gestión de las tareas domésticas, uno de los elementos más diferenciadores y destacables del funcionamiento del T11 era que habían aparecido espontáneamente (sin intervención explícita del equipo) acciones de ayuda mutua y formas de organización grupal. En efecto, era común que una o varias personas cocinaran cada día para todos los habitantes del grupo. En caso de que esto no ocurriera era habitual que se invitaran entre ellos/as a comer de la comida de cada uno/a.

LIDERAZGO FAVORECEDOR O DESFAVORECEDOR DE LA CONVIVENCIA Y LA PARTICIPACIÓN

En el T7 la persona que ejercía funciones de liderazgo era un participante del proyecto con muy baja participación en las actividades. Como aparece en los comentarios de las notas de campo, era una de las personas que más tiempo llevaba acogido en el proyecto y, por la información que proporcionaron a la investigadora diversos participantes, éste parecía estar ejerciendo un cierto liderazgo desfavorecedor de la convivencia y la participación para con el resto de habitantes, especialmente respecto a aquellos que acababan de incorporarse al proyecto.

“MM lleva más de un año acogido en el proyecto por un problema de salud. El equipo técnico ha detectado que ha ido empoderándose bastante y ha empezado a crear una dinámica bastante perversa en el T7 de forma que se tiene la sensación de que se hace en gran medida “lo que él dice”. Hemos detectado que manipula información y que, en muchas ocasiones, malmete contra el equipo de la organización entre los demás participantes”. (Extracto 9. Diario de campo, 03/11/2011, 13:00).

La persona que estaba ejerciendo un cierto liderazgo en el T11 es DT, uno de los habitantes con más altos índices de participación en el proyecto. Como

se puede observar en las sesiones grupales, él fue quien organizó el trabajo y guió la elaboración del dibujo:

“Desde mi punto de vista, el que lleva la voz cantante en esta decisión es DT. Él mismo les dice a SS y a BS que empiecen a dibujar aunque finalmente es él quien toma el lápiz y empieza a pintar. Los demás han dicho que no saben cómo hacerlo”. (Extracto 10. Registro sesión grupal, 24/11/2011).

Consideramos que puede existir una relación entre el grado de participación del líder en las actividades del proyecto y la participación del resto de habitantes de la casa ya que, como vimos al comienzo de este apartado, la participación de las personas no se distribuye aleatoriamente entre los dos pisos.

DISCUSIÓN

A partir de los datos mostrados en el apartado anterior podemos concluir que existen diferencias importantes en los procesos que se dan en los pisos T7 y T11 del programa de acogida y que se relacionan con el clima de convivencia reinante en cada uno de ellos. En efecto, hemos documentado como distintos tipos de liderazgo, de interacción interpersonal y actividad conjunta en los pisos, así como de gestión doméstica están contribuyendo a generar un clima positivo de convivencia en el piso T11 y, por el contrario, están dando lugar a un clima negativo en el T7.

Estos mecanismos relacionados con la convivencia que hemos establecido a través de un fuerte apoyo empírico constituyen, como adelantábamos más arriba, prácticas informales (Palomares y Poveda, 2010) y aparecen, en esta investigación, fuertemente vinculadas a la participación de las personas acogidas en las prácticas formales del programa. En este sentido, hemos mostrado que las personas que residían en el T11 establecían interacciones interpersonales positivas en el piso, mantenían una buena organización interna, contaban con un líder proactivo y participativo y, además, tenían una participación general media-alta en las prácticas formales del programa. Por su parte, en el T7 los procesos de interrelación, liderazgo y gestión interna se relacionan con una desvinculación profunda de las prácticas formales. Uno de los objetivos del proyecto es que los y las participantes se impliquen en las actividades propuestas ya que se considera que éstas contribuyen a mejorar su autonomía personal e integración social.

Creemos que la visibilización de estos mecanismos que se relacionan con el clima de convivencia y con la participación de las personas en esas prácticas formales es, por tanto, de gran interés a la hora de evaluar y revisar la intervención técnica que se lleva a cabo y debería ser tenida en cuenta.

Profundizando en estos procesos que venimos articulando, pensamos que cabría relacionar en alguna medida, la interacción intensa, la organización fluida y el liderazgo favorecedor de la participación con el hecho de que la mayoría de los participantes compartieran lengua y origen étnico en el momento de la investigación. En este sentido, la lengua de comunicación y la cultura de origen común podrían estar facilitando la interacción interpersonal y la actividad conjunta lo que, en última instancia, tendría que ver con el clima reinante y, probablemente, con las formas cooperativas de gestión doméstica. Del mismo modo, los participantes eran de una generación aproximadamente similar lo que también cabría esperar que favoreciese la interrelación y acción conjuntas ya que estas personas se enfrentan a situaciones vitales relativamente similares. Más aún, los tiempos de estancia en este piso eran más o menos iguales para todos y todas las participantes lo que de alguna forma podría estar previniendo la aparición de procesos de empoderamiento negativo y autoritarismo en las personas que llevan más tiempo en el piso.

Por su parte, en el T7 prácticamente cada persona era de una nacionalidad diferente siendo la lengua común el español, que los participantes no manejaban siempre con fluidez. Asimismo, los tiempos de estancia eran muy diferentes y, como ya se ha señalado, las personas que llevaban más tiempo parecían estar ejerciendo una suerte de control sobre muchos aspectos de la convivencia. Por último, la diferencia de edad entre las personas podría estar influyendo en que sus expectativas vitales y perspectivas sean sustancialmente distintas.

Conocer estos procesos que subyacen a la convivencia en los pisos aporta, a nuestro modo de ver, muchos elementos relevantes al debate planteado acerca de cómo debería ser la acogida de personas inmigrantes, en pequeños pisos o en grandes centros. Hemos resaltado el hecho de que en los pisos de acogida aparecen interacciones interpersonales y actividades conjuntas y que éstas pueden ser enriquecedoras y contribuir a un clima de convivencia positivo entre los y las participantes. No obstante es muy destacable que aquí apoyamos con evidencia empírica la afirmación de que los pisos no generan automáticamente estos procesos.

A pesar de esto nos posicionamos, como muchos otros autores (Goffman, 1972; Mansell y Beadle-Brown, 2010), a favor de la acogida en pisos no porque en abstracto creamos que son mejores sino porque los pisos, como hemos mostrado, permiten participar en actividades que los centros grandes no ofrecen (limpieza del hogar, cocina, compras, etc.) y que contribuyen a la normalización de la vida de las personas acogidas. Además, las personas pueden establecer en los pisos relaciones interpersonales positivas que son difíciles de obtener en grandes centros donde la actividad conjunta y la relación no se favorecen sino que se dificulta por la propia estructura del mismo.

Sin embargo, como se puede derivar de esta investigación, el modelo piso no genera estos procesos “per se”. Hemos avanzado aquí algunas cuestiones que están relacionadas con la aparición de procesos positivos pero se requiere una profundización en la temática que aborde, por ejemplo, la interacción entre los miembros del equipo y las personas acogidas.

No quisiéramos cerrar este artículo sin plantear algunas reflexiones para la práctica que nos ha suscitado la realización de esta investigación. En primer lugar consideramos que, conocidos los resultados de esta investigación, sería conveniente que las organizaciones gestoras se movilizaran para explorar con mayor detalle cómo se articula la relación entre las prácticas formales e informales en este tipo de pisos. Es decir, sería recomendable que pusieran en marcha una evaluación sistemática y fiable de los efectos concretos que generan las intervenciones técnicas.

En segundo lugar, cabría preguntarse si el hecho de que la lengua y el origen étnico comunes se relacionen con un mejor clima de convivencia contribuye o no a la consecución de los objetivos que este tipo de programas se plantean. En resumen, problematizamos la idea de que este mejor clima de convivencia en el piso favorezca necesariamente el desarrollo de múltiples competencias socioculturales y favorezca la integración social. Por último, aunque en relación con la idea anterior, sería cuestionable a nuestro modo de ver la propia existencia de pisos únicamente dirigidos a personas africanas si estos son los objetivos propuestos.

AGRADECIMIENTOS

Trabajo realizado con el apoyo de la Beca de Ayuda al Inicio Estudios de Posgrado UAM.

Mis más sinceros agradecimientos a mis colegas del equipo de investigación David y Marta por sus

aportaciones y revisiones a este trabajo, así como por su apoyo personal, a los compañeros y compañeras del equipo de intervención de los pisos de acogida y, por supuesto, a todas las personas migrantes que, aún encontrándose en una situación difícil, ofrecieron su tiempo y colaboración a esta investigación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arnold, J.E. y Graesch, A.P. (2002). *Space, time and activities in the everyday lives of working families*. Los Ángeles: celf
- Ayuntamiento de Madrid. (2011). *Servicios de acogida*. Disponible en <http://www.madrid.es/portales/munimadrid/es/Inicio/Ayuntamiento/Servicios-Sociales/Inmigracion/Madrid-Convive?vgnextfmt=default&vgnextoid=43bd3f69e269f010VgnVCM2000000c205a0aRCRD&vgnextchannel=d33d9ad016e07010VgnVCM1000000dc0ca8c0RCRD&ridCapitulo=5426406>. Consultado el 14 de febrero de 2012.
- Barton, D., Hamilton, M. y Ivanic, R. (1999). *Situated literacies: Reading and writing in context*. London: Routledge.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1966). *The social construction of reality*. Garden City, NY: Doubleday.
- Braun, V. y Clarke, V. (2008). Using thematic analysis in psychology. *Qualitative Research in Psychology*, 3(2), 77-101.
- <http://dx.doi.org/10.1191/1478088706qp063oa>
- Bruner, J. (1991). *Actos de significado*. Madrid: Alianza.
- Buzan, T. (1995). *The mindmap book*. London: BBC Books.
- Coll, C. (2011). Enseñar y aprender. Construir y compartir: Procesos de aprendizaje y ayuda educativa. En C. Coll (coord.) *Desarrollo aprendizaje y enseñanza en la Educación Secundaria*. (31-61). Madrid: Alianza
- Collier, J. (1975). *Photography in anthropology: photography as a research method*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Dennis, W. (1966). *Group Values through Children's Drawings*. New York: Wiley.
- Domènech, M., Tirado, F.J., Traveset, S. y Vitores, A. (2011). La desinstitucionalización y las crisis de las instituciones. *Revista de Educación Social*, 12, 20-32.
- Erickson, F. (1989). Métodos cualitativos de investigación sobre la enseñanza. En Wittrock, M. (ed.), *La investigación de la enseñanza*, vol. 2., 195-301. Madrid: Paidós-MEC.

- Garfinkel, H. (1984). *Studies in ethnomethodology*. Malden, MA: Blackwell.
- Gauntlett, D. (2007). *Creative explorations: new approaches to identities and audiences*. London: Routledge.
- Geertz, C. (2000). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Goffman, E. (1972). *Internados: ensayos sobre la situación sociales de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía*. Barcelona: Paidós.
- Lahire, B. (2003). Los orígenes de la desigualdad escolar. En Marchesi, A. y Hernández, C. (Eds.), *El fracaso escolar: Una perspectiva internacional*, (61-71). Madrid: Alianza.
- Leffler, H., Ayman, R. y Ayman-Nolley, S. (2006). Do children possess the same stereotypes as Adults? An exploration of children's implicit leadership theories. *Congreso Internacional de Psicología Aplicada*, Atenas (Grecia), julio (paper).
- Lykes, M. B., Blanche, M., y Hamber, B. (2003). Narrating survival and change in Guatemala and South Africa: the politics of representation and liberatory community psychology. *American Journal of Community Psychology*, 17, 79-90.
<http://dx.doi.org/10.1023/A:1023074620506>
- Mansell, J., Beadle-Brown, J. (2010). Deinstitutionalisation and community living. *Journal of Intellectual Disability Research*, 54 (2), 104-112.
<http://dx.doi.org/10.1111/j.1365-2788.2009.01239.x>
- Ministerio de Empleo y Seguridad Social. (2010). *Actuaciones dirigidas a inmigrantes, refugiados, solicitantes de asilo y desplazados*. En http://www.meyss.es/es/Guia/texto/guia_8/contenidos/guia_8_22_4.htm, consultado el 21 de marzo de 2012.
- Morra, L.G. y Friedlander, A.C. (2001). *Evaluaciones mediante Estudios de Caso*. Recuperado en <http://www.worldbank.org/html/oed>, consultado el 15 de abril de 2013.
- Nowell, B., Berkowitz, S., Deacon, Z. y Foster-Fishman, P. (2006). Revealing the cues within community places: stories of identity, history and possibility. *American Journal of Community Psychology*, 37, 29-46.
<http://dx.doi.org/10.1007/s10464-005-9006-3>
- Palomares, M. (2006). *Microanálisis de la construcción y papel de la identidad en comunidades digitales: un estudio de la vida cotidiana en un centro de menores*. DEA no publicada.
- Palomares, M. y Poveda, D. (2010). Linguistic ethnography and the study of welfare institutions as a flow of social practices: the case of residential child care institutions as paradoxical institutions. *Text & talk*, 30 (2), 193-212.
<http://dx.doi.org/10.1515/text.2010.010>
- Pink, S. (2007). *Doing Visual Ethnography*. London: Sage.
- Radley, A. y Taylor, D. (2003). Remembering one's stay in hospital: a study in recovery, photography and forgetting. *Health: An Interdisciplinary Journal for the Social Study of Health, Illness and Medicine*, 7, 129-159.
<http://dx.doi.org/10.1177/1363459303007002872>
- Rodríguez, R. y Mena, N. (2008). Opinión pública y frames: la crisis de los cayucos. *Revista Latina de Comunicación Social*, 11 (63), 341-347.